

Cuadernos del Concilio 13



Lo más destacado del Año litúrgico
(SC 102.109-111)

Cuadernos del Concilio

13

Cuadernos del Concilio

**Lo más destacado del Año litúrgico
(SC 102.109-111)**

Maurizio Barba



Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.

Prol. Misterios 26, Tepeyac Insurgentes,
alcaldía Gustavo A. Madero,
C. P. 07020, Ciudad de México
Tel. 55 57 81 84 62
www.cem.org.mx

Los volúmenes de esta serie fueron editados por el «Dicasterio para la Evangelización. Sección para las cuestiones fundamentales de la evangelización en el mundo».

D. R. © 2023 Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.

D. R. © 2022 by Dicastero per l'Evangelizzazione Sezione per le questioni fondamentali dell'evangelizzazione nel mondo

Derechos cedidos a la Conferencia del Episcopado Mexicano para su publicación

Director de la edición en castellano: Juan Carlos Casas García

Cuadernos del Concilio 13

Lo más destacado del Año litúrgico

(SC 102.109-111)

Autor: Maurizio Barba

Primera edición (castellana) 2023

Editorial NUN

Es una marca de Editorial Notas Universitarias, S. A. de C. V.

Xocotla 17, Tlalpan Centro II, alcaldía Tlalpan,

C. P. 14000, Ciudad de México

www.editorialnun.com.mx

El contenido de este libro es responsabilidad del autor.

Derechos reservados conforme a la ley. No se permite la reproducción total o parcial de esta publicación, ni registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, por ningún medio o forma, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electro-óptico, fotocopia, grabación o cualquier otro sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 242 y siguientes del Código Penal).

Impreso en México.

ÍNDICE

Introducción	9
Capítulo 1: El tiempo de Cuaresma: purificados por las aguas del bautismo y las lágrimas de la penitencia	13
Los Cuarenta Días	13
El <i>Vía Crucis</i>	15
Capítulo 2: El Triduo Pascual: la celebración del Misterio Pascual en tres días	19
Jueves Santo	20
Viernes Santo	22
Sábado Santo	23
Vigilia Pascual	24
Capítulo 3: Tiempo de Pascua: El Resucitado entre nosotros	27
<i>Latissimum spatium</i>	27
El Misterio siempre presente	29
Capítulo 4: El tiempo de Adviento: en camino hacia el que viene	33
Un tiempo de preparación	33
La corona de Adviento	35
Capítulo 5: Tiempo de Navidad: la manifestación del Señor	39
Una elipse con dos polos	39

El pesebre	42
Lo Eterno celebrado en el tiempo	47
<i>Sacrosanctum Concilium</i> 102.109-111	51

CUADERNOS DEL CONCILIO

1. El Concilio Vaticano II: historia y significado para la Iglesia

Dei Verbum

2. La revelación como Palabra de Dios (DV 1-5)
3. La Tradición (DV 7-10)
4. La inspiración (DV 11-13)
5. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia (DV 21-26)

Sacrosanctum Concilium

6. La liturgia en el misterio de la Iglesia (SC 1-2. 7-13)
7. La Sagrada Escritura en la liturgia (SC 24-35)
8. Vivir la liturgia en la parroquia (SC 40-46)
9. El misterio eucarístico (SC 47-58)
10. La Liturgia de las Horas (SC 83-101)
11. Los Sacramentos (SC 59-81)
12. El domingo, regalo de Dios a su pueblo (SC 102-106)
13. Los tiempos fuertes del Año Litúrgico (SC 102. 109-111)
14. La música en la liturgia (SC 112-121)

Lumen gentium

15. El misterio de la Iglesia (LG 1-5)
16. Las imágenes de la Iglesia (LG 6-8)
17. El pueblo de Dios (LG 9-16)

18. La Iglesia es para la evangelización (LG 17)
19. El papa, los obispos, los sacerdotes y los diáconos (LG 18-29)
20. Los laicos (LG 30-38)
21. La vida consagrada (LG 43-47)
22. La santidad, vocación universal (LG 39-42)
23. La Iglesia peregrina hacia la plenitud (LG 48-51)
24. María, la primera creyente (LG 52-69)

Gaudium et spes

25. La Iglesia en el mundo de hoy (GS 1-3)
26. El sentido de la vida (GS 4)
27. La sociedad de los hombres (GS 23-32)
28. Autonomía y servicio (GS 33-45)
29. La familia (GS 47-52)
30. La cultura (GS 53-62)
31. La economía y las finanzas (GS 63-72)
32. La política (GS 73-76)
33. El diálogo como instrumento (GS 83-93)
34. La paz (GS 77-82)



INTRODUCCIÓN

Antes de entrar en el estudio en profundidad del Año litúrgico, conviene hacer una aclaración terminológica. Cuando hablamos de tiempos «fuertes» -suponiendo que tal terminología sea correcta- nos referimos normalmente al Adviento, la Navidad, la Cuaresma y la Pascua, dejando fuera el llamado Tiempo Ordinario, las celebraciones de la Santísima Virgen María y de los Santos, como si estas celebraciones quedaran relegadas entre los tiempos «débiles». En cambio, la Iglesia, en las diversas celebraciones del Año litúrgico, celebra el único y mismo Misterio Pascual de Cristo «desde la Encarnación y la Natividad hasta la Ascensión, hasta el día de Pentecostés y la espera de la bienaventurada esperanza y retorno del Señor» (SC 102).

Para entender qué es el Año litúrgico, conviene empezar con una metáfora: se puede pensar en la idea de una nebulosa primitiva a partir de la cual se formaron el Sol y los planetas. Esta teoría, propuesta por Immanuel Kant (1724-1804) y Pierre Simon Laplace (1749-1827), constituye la base de la concepción moderna de nuestro sistema planetario. Según Laplace, esta nebulosa, que giraba alrededor de un eje, se contrajo al enfriarse, aumentando su velocidad de rotación, hasta que la fuerza centrípeta, que ya no bastaba para mantener toda la masa cerca de su centro, hizo que se desprendieran de ella anillos de gas

Lo más destacado del Año litúrgico (SC 102.109-111)

que, al condensarse en estructuras particulares, dieron lugar a la formación de planetas y luego de sus satélites.

La teoría de Laplace nos ofrece una visión icónica de un eje gravitatorio en torno al cual todo encuentra su origen y su fin: el Misterio Pascual de Cristo, es decir, el acontecimiento de su Pasión, muerte y Resurrección. En efecto, hay un momento fundamental en la historia de la humanidad en el que todo cambió: aquella mañana en la que un hombre salió vivo del sepulcro; no para volver a morir, como le ocurrió, por ejemplo, a Lázaro, sino para vivir eternamente. A partir de ese instante, la muerte ya no fue la última palabra sobre el destino humano, sino el comienzo de una nueva existencia, de una nueva vida, la verdadera y duradera, inaugurada por el humilde hijo del carpintero de Nazaret: ¡Jesús!

A lo largo de los siglos, la Iglesia ha madurado la conciencia del valor de fuente del Misterio Pascual de Cristo, que está en el centro de la experiencia de fe y de la celebración de los creyentes.

A lo largo del Año litúrgico, la Iglesia conmemora, mediante la sucesión de los tiempos litúrgicos, los diferentes misterios de la redención que encuentran su fuente y su cumplimiento en la Pascua. La *Sacrosanctum Concilium*, al afirmar que «la Santa Madre Iglesia considera su deber celebrar con sagrado recuerdo, en determinados días del año, la obra salvífica de su divino Esposo» (SC 102), utiliza la expresión *sacra recordatione celebrare*, para significar que no se trata de un mero recuerdo psicológico sino de una celebración que actualiza lo celebrado, ya que a lo largo del año, recordando estos misterios, la Iglesia «abre a los fieles los tesoros del poder y de los méritos de su Señor, para que entren en contacto con ellos y se llenen de la gracia de la salvación» (SC 102).

Este número del texto conciliar responde a una pregunta: si el acontecimiento pascual sucedió «de una vez para siempre» y puede situarse históricamente a una distancia temporal de unos dos milenios, ¿cómo podemos hoy sentirnos tocados por él? El Concilio afirma que en las celebraciones del Año

litúrgico entramos en contacto con los misterios de la vida de Jesús y la Gracia de la Salvación. Santo Tomás de Aquino dice que el misterio *presentialiter attingit omnia et tempora*, toca presencialmente todos los lugares y todos los tiempos y nos permite ser contemporáneos del acontecimiento celebrado.

El Año litúrgico no es la sucesión filmica de acontecimientos pasados, sino el compartir la historia de Jesús a través de la comunión con el Resucitado en el paso del tiempo. No son acontecimientos pertenecientes a los archivos de la historia los que la Iglesia nos hace celebrar cada año, porque -como recuerda San León Magno- «aquel día no ha pasado, de tal manera que tampoco ha pasado la fuerza íntima en la obra que entonces realizó el Señor». Y continúa San Agustín: «lo que sucedió una vez en la realidad histórica, la solemnidad [litúrgica] lo celebra recurrentemente y así lo renueva en el corazón de los creyentes». La repetición celebrativa, año tras año, de los mismos acontecimientos salvíficos de Cristo no debe percibirse como monotonía, casi como un eterno retorno de los mismos acontecimientos, sino como una apertura progresiva, cada vez más amplia, hacia la infinitud eterna de Dios. A San León Magno le gustaba decir que «en el retorno cíclico de cada año se reactualiza para nosotros el misterio de nuestra Salvación: un misterio que, prometido desde el principio y finalmente realizado, continuará sin fin».

En esta contribución, por tanto, recorreremos algunas etapas del Año litúrgico, en el que la Iglesia celebra el misterio de Cristo, «desde la Encarnación hasta Pentecostés y la espera del retorno del Señor» (*Normas para el Año y el calendario litúrgicos*, n. 17), es decir, nos adentraremos en el ciclo pascual, con el tiempo de Cuaresma y Pascua, y en el ciclo de la manifestación, con el tiempo de Adviento y Navidad. De estos tiempos, además de un enfoque histórico, consideraremos el valor teológico-litúrgico subyacente, presentando también algunos elementos expresivos de la piedad cristiana emergente, es decir, algunas manifestaciones de la sensibilidad popular con que se expresa el sentimiento religioso ante Dios, según la variedad de las culturas.

EL TIEMPO DE CUARESMA: PURIFICADOS POR LAS AGUAS DEL BAUTISMO Y LAS LÁGRIMAS DE PENITENCIA

Los Cuarenta Días

La Cuaresma es el tiempo del Año litúrgico que va desde el Miércoles de Ceniza hasta el Jueves Santo, que simbólicamente dura cuarenta días. El Concilio Vaticano II puso especial cuidado en presentar el tiempo de Cuaresma en la Constitución Litúrgica *Sacrosanctum Concilium*, en el número 109.

El texto conciliar subraya los elementos principales que sostienen el camino cuaresmal de la Iglesia, a saber, el Bautismo -con su recuerdo o preparación-, la Penitencia, la escucha asidua de la Palabra de Dios y la oración, con esto, pretende indicar la referencia fundamental para comprender su valor y significado. En el proceso de configuración de este período de preparación para la Pascua, la referencia al Bautismo y a la Penitencia ha sido la clave para interpretar la Cuaresma y su relación con la vida del cristiano y de la Iglesia. Para la primera dimensión, el Concilio recomienda recuperar los elementos bautismales; para la segunda, subraya el significado personal y social del pecado.

No en vano, la *Sacrosanctum Concilium* habla del ayuno penitencial externo e interno en el número 110, recupera así la antigua práctica en su sentido más genuino de espera del Resucitado.

A partir de esta orientación, la reforma litúrgica ha preci-

sado la finalidad, la estructura y la duración de este período: en primer lugar, se determina que la finalidad de la Cuaresma es preparar la Pascua, es decir, conducir a la celebración del Misterio Pascual tanto a los que se preparan para ser cristianos, los catecúmenos que recibirán los sacramentos de la iniciación cristiana durante la Vigilia Pascual, como a los que, ya cristianos, renuevan su adhesión al Señor, mediante el recuerdo del bautismo y el compromiso de conversión a través de la Penitencia. Además, el período cuaresmal se estructura de forma más lineal para resaltar mejor el itinerario que la Iglesia ofrece a cada cristiano para llegar renovado a la celebración del Misterio Pascual. Por último, la duración se fija en cuarenta días, expresión temporal que, según la tradición bíblica, caracteriza la preparación del encuentro del hombre con lo trascendente, con Dios, mediante una *pars destruens*, es decir, el abandono de los ídolos y de la vida pecaminosa, y una *pars costruens*, es decir, la adhesión a Dios y la fidelidad a la alianza.

En la determinación de la duración de la Cuaresma, la tipología bíblica de los cuarenta días tuvo un gran peso, a saber: el ayuno de cuarenta días del Señor (Mc 1,12-13; Mt 4,1-11; Lc 4,1-13); los cuarenta días del diluvio universal (Gn 7,17-20); los cuarenta años pasados por el pueblo de Dios en el desierto (Dt 2,7); los cuarenta días pasados por Moisés en el monte Sinaí (Ex 24,12-18.34); los cuarenta días durante los cuales Goliat, el gigante filisteo, se enfrentó a Israel, hasta que David avanzó contra él, lo derribó y lo mató (1 Sam 17, 1-51); los cuarenta días durante los cuales Elías, fortificado con pan cocido bajo cenizas y agua, llegó al monte de Dios, Horeb (1 Re 19, 3-8); los cuarenta días durante los cuales Jonás predicó la penitencia a los habitantes de Nínive (Gn 31, 1-4).

La Cuaresma, por tanto, es el tiempo en el que toda la Iglesia se reúne en oración, bajo la guía de la Palabra de Dios, para llegar a Cristo en su misterio de Pasión, muerte y Resurrección, mediante un asiduo compromiso ascético de conversión, así, se convierte en escuela vital de purificación e iluminación, según la enseñanza del Señor: «Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,15).

El Via Crucis

Entre los diversos ejercicios piadosos con los que los fieles veneran la Pasión del Señor, especialmente durante el período cuaresmal, destaca significativamente el del *Via Crucis*, por ser una de las formas más arraigadas y practicadas por el pueblo de Dios.

Fue creado para recordar el doloroso camino recorrido por Jesús durante su vida terrena, desde el momento en que él y sus discípulos «después de cantar el himno, salieron al monte de los Olivos» (Mc 14,26), hasta cuando el Señor fue conducido al «lugar del Gólgota» (Mc 15,26), fue crucificado y sepultado en un sepulcro nuevo, excavado en la roca (Mc 15,46). Un viaje duro, fatigoso, de sufrimiento extremo, pero también marcado por encuentros y miradas entre Cristo y sus amigos, enemigos o personas que se encontraban en aquel lugar y en aquel momento casi por casualidad, como el cirineo. En esta «peregrinación», cuyas fuentes son los Evangelios y la tradición popular de las peregrinaciones a Tierra Santa, Cristo sufre y ofrece su vida para redimir y salvar a la humanidad.

A finales del siglo IV, la peregrina Egeria -una monja gallega que nos ha legado, con su diario de viaje, un precioso testimonio de las costumbres litúrgicas en Tierra Santa-, nos da algunas informaciones sobre la construcción de tres edificios en la cima del Gólgota: la *Anástasis*, la iglesia *ad crucem* y el *Martyrium*. Ella atestigua que en Jerusalén se practicaba una procesión en los lugares de la Pasión de Cristo, una forma embrionaria de lo que más tarde sería el viacrucis. La representación de los diversos episodios dolorosos ocurridos a lo largo del recorrido contribuía a implicar a los espectadores con una fuerte carga emocional; tal procesión era reproducida por los peregrinos que acudían a Jerusalén para visitar los lugares de la vida de Cristo, una vez de regreso a sus hogares.

A partir de la fusión de diversas devociones surgidas en la Edad Media, el viacrucis se desarrolló en su forma actual, tres de ellas son: la devoción a

las «caídas de Cristo» bajo la cruz; la devoción a los «caminos dolorosos de Cristo», que consistía en la procesión de una iglesia a otra en recuerdo de los caminos de dolor recorridos por Cristo durante su Pasión y la devoción a las «estaciones de Cristo», es decir, los momentos en que Jesús se detiene en su camino hacia el Calvario, forzado por los verdugos, o agotado por la fatiga y las heridas, o en el encuentro con diversas personas a lo largo de su camino de dolor. Esta forma del viacrucis, preparada gracias a la devoción de San Bernardo de Claraval († 1153), San Francisco de Asís († 1226) y San Buenaventura de Bagnoregio († 1274), difundida gracias a los incansables esfuerzos del fraile menor San Leonardo de Porto Maurice († 1751), fue aprobada por la Sede Apostólica y enriquecida con indulgencias. La configuración con las catorce estaciones que perviven hasta el presente está atestiguada ya en España en la primera mitad del siglo XVII, sobre todo en los ambientes franciscanos. De la península Ibérica pasó primero a Cerdeña, luego bajo el dominio de la corona española y, después, a la península italiana.

La práctica del piadoso ejercicio del viacrucis sostiene y acrecienta la espiritualidad cristiana, porque recuerda bastantes de sus características: la concepción de la vida como camino o peregrinación; como paso, a través del misterio de la Cruz, del exilio terreno a la patria celestial; el deseo de conformarse profundamente a la Pasión de Cristo; las exigencias de la *sequela Christi*, por la que el discípulo debe caminar detrás del Maestro, cargando cada día con su propia cruz (cf. Lc 9,23).

Si, desde el punto de vista artístico, la iconografía de la crucifixión en los siglos XII-XIII pasó de la representación del *Christus triumphans* al *Christus patiens*, desde el punto de vista teológico surge la convicción de que «en la cruz de Cristo no sólo se realizó la redención mediante el sufrimiento, sino que el propio sufrimiento humano fue redimido» (*Salvifici doloris*, 19). En la perspectiva cristiana, el sufrimiento adquiere una connotación salvífica cuando se acepta y se vive como participación en la Pasión y muerte de Cristo, que redimió a la humanidad ofreciéndose como víctima pura e

El tiempo de Cuaresma: Purificados por las aguas del bautismo...

inmaculada en el altar de la Cruz. Mirando, por tanto, el relato histórico de Jesús de Nazaret, representado en el momento culminante de su sufrimiento, el cristiano sabe que el sufrimiento y la muerte son signos proféticos, que se llenan de sentido precisamente por el Misterio Pascual de Cristo. Cuando el sufrimiento y la muerte se cierran sobre sí mismos, conducen a la desesperación, pero si se orientan hacia un horizonte de vida, se abren a la esperanza. Y el horizonte es la vida eterna, esa vida inaugurada por el Crucificado resucitado que resucita con su cuerpo glorioso, pero marcada al mismo tiempo por esas “heridas” que, por la fuerza del Espíritu, se convierten en “rendijas” de luz y de esperanza.

EL TRIDUO PASCUAL: LA CELEBRACIÓN DEL MISTERIO PASCUAL EN TRES DÍAS

Partiendo de la celebración semanal del domingo, fiesta primordial en la que se celebra semanalmente el Misterio Pascual, los cristianos empezaron pronto a celebrar el Misterio Pascual de manera más solemne en ese «gran domingo del año» llamado Pascua.

La especial importancia que esta «solemnidad de las solemnidades» tenía en el corazón y en la mente de los cristianos se celebraba con un triduo que puntuaba de manera unitaria el triple contenido de este misterio: la Pasión, muerte y Resurrección de Jesús. De él derivan y en él convergen todas las demás celebraciones, como de él emana la fuerza santificadora de todos los sacramentos y sacramentales.

El acontecimiento pascual celebrado durante los tres días del Triduo constituye una sólida unidad en cuanto celebración del misterio de Salvación que Dios quiso realizar en el mundo. En efecto, los tres días tienen como denominador común el acontecimiento pascual, por el que la Iglesia celebra el Viernes Santo la Pascua de Pasión; el Sábado Santo, la Pascua de sepultura y el Domingo, la Pascua de Resurrección.

Es a partir del siglo IV cuando se siente la necesidad de historiar esta visión global y unitaria del Misterio Pascual de Cristo muerto, sepultado y resucitado. Bajo la influencia de la

Lo más destacado del Año litúrgico (SC 102.109-111)

comunidad de Jerusalén, guardiana de los lugares donde se desarrollaron los acontecimientos históricos de Jesús de Nazaret, comenzó a abrirse camino y a imponerse el criterio de la historización, según el cual, cada episodio de la vida de Cristo debía conmemorarse individualmente en el momento exacto de su aniversario.

Jueves Santo

La tradición sitúa en este día la Misa *in Coena Domini*, destinada a conmemorar lo que Jesús hizo antes de afrontar su Pasión y muerte: en el contexto de una cena pascual, Jesús hizo del pan y del vino los signos perennes y reales de su cuerpo entregado y de su sangre derramada. Es decir, anticipó en los signos del pan y del vino, instituyendo el sacramento de la eucaristía, lo que cumpliría en los días siguientes mediante su Pasión, muerte y Resurrección. El Jueves Santo es un prelude, es decir, un anuncio global y sacramental de lo que se celebrará separada y progresivamente en los tres días siguientes. Lo que el Triduo propone en tres días separados, el Jueves Santo se presenta en síntesis y condensado en el Sacramento. Mientras el Triduo nos muestra la realidad del Misterio Pascual único y místico en su dimensión histórica, el Jueves Santo nos la transmite en su dimensión ritual.

De los diversos elementos que componen la celebración de la Misa *in Coena Domini*, nos detendremos sólo en algunos para destacar ciertos aspectos que nos ayuden a captar en profundidad el sentido de lo que se celebra.

1. El Misal de Pablo VI da a la eucaristía vespertina del Jueves Santo un triple carácter:

- *Festiva*: es decir, solemne, con vestimentas blancas, el color de la Pascua, se canta solemnemente el Gloria, se tocan las campanas festivas, se permite el uso de instrumentos musicales, luces, flores, etcétera.

- *Unitaria*: es decir, en las parroquias sólo se celebra una misa para toda la comunidad.

El Triduo Pascual: la celebración del misterio pascual en tres días

- *Comunitaria*: la Misa se celebra para la plena participación de toda la comunidad, por lo que están prohibidas las Misas sin gente o las celebraciones para pequeños grupos, esto subraya que la Eucaristía es un sacramento de comunión y unidad eclesial.

2. Significativo y elocuente es el rito del lavatorio de los pies, que significa que, sin caridad, todo sacramento pierde su sentido y su eficacia; es decir, la celebración no puede permanecer como un hecho cerrado entre los muros del templo sagrado, sino que debe prolongarse en la vida cotidiana. Este gesto condensa y expresa el rico contenido proclamado en la liturgia de la Palabra e implementado en la eucarística: el servicio mutuo ejercido con humildad y caridad. No se trata simplemente de una representación teatral, escénica y sentimental, sino de un gesto simbólico y profético que expresa el deseo de la Iglesia de hacerse servidora a ejemplo de su Maestro.

3. Al final de la misa, la liturgia del Jueves Santo va seguida de la adoración eucarística. Las normas litúrgicas reiteran que el Santísimo Sacramento se conserva en un sagrario cerrado o en una caja que no tiene siempre forma de sepulcro. De hecho, la capilla de reposición no está dispuesta para representar la “sepultura” del Señor, sino para contener el pan eucarístico, signo sacramental del Señor vivo, para la comunión que se distribuirá al día siguiente.

4. Otra peculiaridad de la celebración del Jueves Santo es la conclusión de la celebración: tras la procesión hasta el lugar de la recolocación, la asamblea se disuelve sin ninguna despedida explícita. De hecho, no hay bendición ni el sacerdote despide a la asamblea. Se trata de una peculiaridad que nos hace comprender mejor la unidad intrínseca del Triduo Pascual. La comunidad cristiana se encuentra así en permanente estado de convocatoria a las celebraciones más importantes del Año litúrgico durante tres días consecutivos. La despedida sólo será pronunciada por el sacerdote al final de la celebración eucarística de la Vigilia Pascual, cuando será pronunciada solemnemente, acompañada del Aleluya.

Viernes Santo

El Viernes Santo, la Iglesia no celebra funerales, sino la Pasión y muerte victoriosas del Señor. Por eso, hablamos de una Pasión «bendita» y «gloriosa». Se trata de un día llamado «alitúrgico», es decir, en el que no se celebra la Santa Misa, ya que la Iglesia conmemora el día de la muerte histórica de Cristo. La liturgia consta de tres momentos:

1. *La liturgia de la Palabra*. En el centro de la liturgia del Viernes Santo está la proclamación de la Palabra de Dios. La sobriedad de los ritos introductorios, de hecho, pretende colocarnos inmediatamente en actitud de escucha y acogida. Se proponen tres temas de contenido profundo y significativo: a) el Siervo sufriente; b) Jesús es el verdadero Sacerdote; c) el relato de la Pasión. La liturgia de la Palabra concluye con las “oraciones solemnes”, una forma de oración universal, que se remonta al siglo V, por todas las necesidades de la Iglesia y de la humanidad. La amplitud de las intenciones subraya el carácter global de la redención realizada por Cristo con su muerte en la Cruz.

2. En lugar de la liturgia eucarística, se celebra la *adoración de la Cruz*. En este día, lo que era ignominia y escándalo para los paganos, se convierte para los cristianos en objeto de adoración, porque es signo e instrumento de salvación. El himno a la Cruz, que se canta durante la adoración, pone de relieve el contraste entre el árbol del Edén, del que procedía nuestra ruina, y el árbol del Calvario, del que brotó nuestra Salvación: «Oh cruz fiel y gloriosa, oh árbol noble y santo, no hay otro en el desierto, de ramas y follaje igual a ti: tú eres el dulce madero que lleva colgado al Señor del mundo».

3. El tercer momento son los *ritos de comunión*. Con la última reforma de la Semana Santa, la Iglesia ha restablecido la posibilidad de que todos los fieles comulguen con la eucaristía en este día solemne. Comer el cuerpo del Señor, aunque haya sido consagrado el día anterior, significa participar en el sacrificio redentor, mediante el signo que Él mismo nos dejó como memorial

El Triduo Pascual: la celebración del misterio pascual en tres días

de su Pascua. En este sentido, el misterio de la Cruz no permanece sólo ante nuestros ojos para ser contemplado, sino que penetra en nuestra existencia, de modo que somos renovados por él.

Sábado Santo

Este segundo día del Triduo Pascual es también un día «alitúrgico»: el Sábado Santo no tiene más celebración que la de la Liturgia de las Horas. En este día debe captarse la resonancia del silencio fecundo y la eficacia de la alabanza de la Iglesia-Esposa a su Esposo, Cristo. En efecto, este día la Iglesia se detiene ante el sepulcro del Señor, medita su pasión y muerte, su descenso a los infiernos y espera en oración y ayuno su Resurrección.

Es el día de la fe intensa y de la gran esperanza. Antes de la Cruz se produjo el colapso de la fe y de la esperanza: “¡Esperábamos que fuera él quien librara a Israel!” (Lc 24,21). En los días terribles de la Pasión y muerte del Señor, sólo una criatura, la más cercana al Señor, creyó y esperó en el silencio de su propio corazón: María. La liturgia no menciona a María, pero su actitud de confiada esperanza y expectación hizo que se le dedicara este día. Desde el siglo VIII, la devoción mariana está muy extendida el Sábado Santo. En efecto:

el sábado se sitúa entre el viernes y el domingo, entre el recuerdo de la pasión y el de la resurrección. María lo llena porque en ese día, el Sábado Santo, toda la fe de la Iglesia se reunió en ella. En su gran corazón de madre se reunía toda la vida del cuerpo místico, en cuya madre espiritual estaba llamada a convertirse bajo la cruz. Mientras la fe se oscurecía en todos, ella, la primera alma fiel, permaneció sola para mantener viva la llama, inmóvil en la oscuridad de la fe. La Iglesia, una vez más, se identificó con ella. Mucho más que Francisco, ese día cargó sobre sus hombros todo el edificio de la Iglesia.

Esta es la razón que hace del sábado el día de Nuestra Señora, y la antigüedad ya lo intuyó consagrándole este día, el último de la semana cristiana que precede inmediatamente al primero, el *dies dominicus* (M. MAGRASSI, 1977, pp. 45-46).

Vigilia Pascual

El Misal Romano afirma que, según una tradición muy antigua, se trata de la «vigilia en honor del Señor» (Ex 12,42); los fieles, en efecto, llevando en la mano la lámpara encendida, se asemejan a los que esperan al Señor a su regreso (cf. Lc 12,35), para que, cuando venga, los encuentre todavía vigilantes y los sienta a su mesa.

La Vigilia Pascual nos remonta a aquella noche en la que los hebreos esperaban el paso del Señor para que los liberara de la esclavitud del Faraón, celebrada por ellos como un memorial que debía repetirse cada año, como figura de la futura Pascua, en la que «Cristo, rompiendo los lazos de la muerte, resucita victorioso del sepulcro» (himno *Exsultet*).

La Vigilia se estructura en cuatro momentos: a) Inicio solemne de la Vigilia o *Lucernarium*; b) Liturgia de la Palabra; c) Liturgia Bautismal; d) Liturgia Eucarística. Para comprender su significado, nos centraremos sólo en algunos momentos de su desarrollo.

a. La celebración comienza con el rito del *candelabro*, es decir, la preparación y bendición del fuego en el que se enciende el cirio pascual. No conocemos la fecha exacta en que el cirio entró en la liturgia, pero a finales del siglo IV, Ambrosio, Agustín y Jerónimo lo mencionan. Lo que es seguro es que las raíces se encuentran en el rito judío del candelabro, es decir, el encendido ritual y solemne de las lámparas en todos los hogares al anochecer del viernes para comenzar la fiesta del sábado. La liturgia de la Iglesia se compone de signos que remiten a las verdaderas realidades que se celebran. De niños nos enseñaron que el cirio es un símbolo de Cristo

El Triduo Pascual: la celebración del misterio pascual en tres días

resucitado, pues, así como el cirio en el acto de consumirse da luz, así Cristo con su muerte nos ha dado la vida. Si el cirio evoca el sentido pascual de la muerte y la Resurrección, la bendición del fuego en el que se enciende el cirio lleva en sí misma el sentido pascual del paso de las tinieblas a la luz, del caos al cosmos, del pecado a la gracia. Durante la procesión con el cirio dentro del templo, los fieles encienden sus velas con el cirio pascual. Este gesto es un símbolo de la nueva vida que el Señor nos comunica a través del Espíritu Santo en su Resurrección. Al final de la procesión, se canta el *Exsultet*, una antigua composición lírica cuya estructura se remonta al siglo IV, que proclama solemnemente el misterio de la alegría pascual. Se trata de una *eucharistia*, un himno de acción de gracias por toda la historia de la Salvación, que, desde Adán hasta la última venida del Señor, encuentra su culmen y su cumplimiento en la Resurrección del Señor.

b. El momento más largo es la *Liturgia de la Palabra*, durante la cual se proclaman 7 lecturas del Antiguo Testamento y 2 del Nuevo Testamento. Se trata de una Liturgia de la Palabra muy desarrollada, destinada no sólo a ocupar la noche en la anticipación del anuncio de la Resurrección, sino también a mostrar cómo toda la historia sagrada del Antiguo Testamento es una preparación al misterio de esta noche y al acontecimiento salvífico que en ella se cumple. Las lecturas nos introducen en el sentido y el significado que la Pascua tiene en la vida de la Iglesia y de cada cristiano, recorriendo las grandes etapas de la historia de la salvación, hasta el acontecimiento fundamental de la Resurrección. Otro elemento que conviene destacar es el canto pascual del Aleluya. La Iglesia lo cantó durante cuarenta días en Cuaresma y la liturgia solemniza este momento haciendo que el sacerdote cante el canto pascual tres veces, subiendo el tono cada vez, para significar la intensidad creciente de la alegría pascual.

c. Sigue la *liturgia bautismal*, ya que la Vigilia Pascual es el momento privilegiado para la celebración del Bautismo. En efecto, la Cuaresma, como preparación a la Pascua, se estructura en función de la preparación de los

catecúmenos. Incluso cuando no hay bautismos, la Vigilia pretende llevar a cada cristiano a la raíz de su fe, con la renovación de las promesas bautismales y la aspersion del agua bendita.

d. El último momento en la estructura de la Vigilia Pascual es la *liturgia eucarística*. Es la culminación de la Vigilia, en la que todos los ritos y todas las oraciones alcanzan su máxima fuerza de expresión. Si en cada Misa celebramos la Pascua del Señor, cuánto más en la Vigilia Pascual anual. En ella, la Iglesia eleva a Dios la plegaria eucarística con toda la intensidad de la gratitud y de la alegría, como se expresa en el Prefacio pascual: «Es verdaderamente justo darte gracias y exaltarte especialmente en esta noche en la que Cristo, nuestra Pascua, se sacrificó». La participación en el misterio salvífico se realiza perfectamente en la participación en la Comunión, en la que nos alimentamos del Cordero inmolado, el verdadero, el que inauguró la Pascua de la Alianza nueva y eterna.

La Vigilia Pascual concluye con la despedida solemne, con la que también finaliza el Triduo: después de tres días de convocatoria permanente, la asamblea litúrgica recibe su solemne despedida con el doble Aleluya pascual.

TIEMPO DE PASCUA: EL RESUCITADO ENTRE NOSOTROS

Latissimum spatium

Algunas grandes fiestas del cristianismo necesitan cierto tiempo para ser recibidas y asimiladas. En la Iglesia primitiva, el Misterio Pascual se celebraba no sólo durante los tres días del Triduo, sino también durante las siete semanas siguientes, denominadas «tiempo pascual de cincuenta días», como recuerda el término griego *pentecosté* (50° día).

Las normas litúrgicas advierten a los cristianos que celebren los cincuenta días que siguen desde el Domingo de Resurrección hasta el Domingo de Pentecostés «con exultación y alegría como una sola fiesta, más aún, como el “gran domingo”», en el que la Iglesia se alegra, con el canto del Aleluya, por la victoria del Señor sobre la muerte y por la vida nueva que la participación en el Misterio Pascual ha suscitado en los creyentes. No es casualidad que los domingos de este período no se llamen «después de Pascua», sino «de Pascua», que con su contenido de misterio se dilata en este tiempo colmado de la presencia del Señor resucitado. Es precisamente esta presencia la que hace que el tiempo pascual sea considerado como *latissimum spatium*, expresión muy querida por Tertuliano, un espacio dilatado de inmensa e intensa alegría, debido a la promesa

cumplida por el Señor: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20).

La liturgia de este tiempo pascual, a la vez que nos hace orar pidiendo al Padre que nos permita vivir «con renovado empeño estos días de alegría en honor de Cristo resucitado», nos exhorta también, en el inexorable transcurrir de los días, a reconocer que el Resucitado está en medio de nosotros (cf. Jn 20,19-29), superando el miedo al tiempo que todo lo devora y las situaciones de precariedad y vulnerabilidad que nos encierran en la soledad y el desánimo. Es un mensaje de esperanza, por tanto, el que viene del Tiempo Pascual y está destinado al tiempo presente, ¡marcado por la preocupación por el futuro! El compromiso renovado del que deben revestirse los cristianos se ve reforzado por la conciencia de que este tiempo es tiempo de renacimiento y tiempo de comunión fraterna.

Un tiempo de renacimiento: la Pascua coincide con el tiempo de la primavera, la estación en la que todo vuelve a vivir y esto no genera sólo efectos sentimentales, sino que provoca un despertar de la conciencia del hombre para que vuelva a pertenecer a Cristo y se reconozca como criatura de Dios. La presencia del Resucitado en medio de sus discípulos es fuente de vida nueva, la que inaugura la Pascua, por la que la eternidad vuelve a fluir en el tiempo presente, contagiándolo de nueva vitalidad.

Un tiempo de comunión fraterna: la primitiva comunidad cristiana, tras la Resurrección del Señor, se reúne en la escucha de la Palabra de Vida y en el compartir fraterno. Jesús resucitado enseña a los apóstoles, a través de las apariciones, a comprender los nuevos signos de su presencia en el mundo. Él, el Viviente, mientras se deja tocar y parte el pan, se muestra como el Buen Pastor, el Camino, la Vid. Mientras une a los hermanos en el amor, haciendo de ellos un solo corazón y una sola alma, sostiene también a los que se encuentran en la adversidad de la vida.

El Misterio siempre presente

La Iglesia ofrece a cada uno, sacerdotes y fieles, este tiempo pascual como una oportunidad para acariciar, con la Gracia del Espíritu Santo, una mirada capaz de ver el Misterio, ojos nuevos para discernir la presencia del Resucitado.

Por eso, a los cristianos no se nos escapa que el Resucitado sigue viviendo hoy en las Escrituras, en la Eucaristía, en los Sacramentos y en la Iglesia, lugares de donde podemos sacar la fuerza de la fe, la paciencia de la esperanza y el impulso de la caridad. El cuerpo del Resucitado, levantado de la Cruz y depositado en el sepulcro, vive ahora permanentemente junto al hombre, en primer lugar, *en las Escrituras*, porque es Él quien habla cuando se proclama la Palabra de Dios en la Iglesia. Ésta, con la fuerza del Espíritu Santo, proclamada en la asamblea litúrgica, no es letra muerta, sino Palabra viva que revive en el Viviente. ¿Qué es la liturgia de la Palabra sino un diálogo interpersonal con Cristo, Palabra viva? A Dios que habla, a través de las lecturas, el pueblo responde con cantos y se adhiere a Él con su profesión de fe. En este tiempo pascual estamos llamados a hacer arder nuestro corazón, como los discípulos de Emaús, en la escucha atenta de la Palabra de Salvación.

El cuerpo del Resucitado está presente *en la Eucaristía*: en la traducción latina, los textos del Nuevo Testamento indican la presencia del Resucitado con el adverbio *quotiescumque*: «porque todas las veces que comiereis de este pan y bebiereis de este cáliz, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga» (1 Co 11,26). La Misa renueva el acontecimiento de la Cruz y lo celebra renovándolo. Pablo VI, en la encíclica *Mysterium fidei*, cuando afirma que «en el Misterio eucarístico se representa de modo admirable el Sacrificio de la Cruz consumado una vez por todas en el Calvario», utiliza el verbo «representar» en el sentido fuerte de re-presentar, es decir, hacer presente de nuevo. El acontecimiento se realizó una sola vez (*semel*), el

sacramento se realiza «cada vez» (*quotiescumque*). Gracias al sacramento de la Eucaristía, nos convertimos misteriosamente en contemporáneos del acontecimiento; el acontecimiento se hace presente a nosotros y nosotros al acontecimiento.

El cuerpo del Resucitado vive en la Iglesia: es aún más sintomático que la expresión «cada vez», utilizada para indicar la presencia de Cristo en su Cuerpo eucarístico, sea la misma para identificar la presencia de Cristo en su Cuerpo eclesial. En su mensaje a la comunidad de Corinto, Pablo denunció las «divisiones», en cuanto que provocaban discriminaciones entre los pobres y los acomodados: mientras aquéllos permanecían hambrientos, éstos comían y bebían hasta la embriaguez, mientras fingían participar juntos en la misma Eucaristía. Con fuerza e inequívocamente, el Apóstol argumenta: ¿cómo podéis pretender reconocer a Cristo en su Cuerpo eucarístico, cuando sois incapaces de reconocerlo en su Cuerpo eclesial? La expresión privilegiada de su Cuerpo eclesial es, en primer lugar, los pobres y los necesitados de caridad. Es precisamente en esta expresión privilegiada de su Cuerpo eclesial donde el Resucitado ha prometido estar presente recurriendo a la expresión «cada vez»; en latín se traduce con *quamdiu*, para significar la contemporaneidad de la acción hecha al necesitado y a Cristo: «cuantas veces hicisteis esto a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40).

El tiempo litúrgico de Pascua, impregnado de la presencia del Resucitado, envuelve el tiempo del hombre, nuestro tiempo, con un ímpetu protector, para que la confianza no decaiga, la esperanza no se desvanezca y la caridad no se rinda. *Homo viator spe erectus*, recita un antiguo adagio medieval: el hombre puede caminar por los senderos de la vida, gracias a la esperanza que le permite mantener una postura erguida, como resucitado y mirar al futuro con confianza. Para caminar como caminantes hacia un destino, es importante sentirse sostenidos por la esperanza. Y la esperanza para nosotros los cristianos tiene un nombre: se llama Jesús.

Tiempo de Pascua: el Resucitado entre nosotros

El Tiempo Pascual es el tiempo en el que la Iglesia nos exhorta a confiar y encomendarnos al Resucitado, a experimentar como individuos y como comunidad cristiana su presencia viva y operante que susurra al corazón de cada uno su saludo pascual: «¡La paz esté con vosotros!».

TIEMPO DE ADVIENTO: EN CAMINO HACIA AQUEL QUE VIENE

Un tiempo de preparación

El tiempo de Adviento es el periodo del Año litúrgico que comprende los cuatro domingos anteriores a la celebración de la Navidad del Señor. Como en la Pascua, en Occidente también se asignó a la Navidad un tiempo de preparación. La Iglesia ha dado a este período del Año litúrgico el sentido a la vez de tiempo de preparación para la solemnidad del nacimiento del Señor y de tiempo a través del cual el espíritu es guiado a la espera de la segunda venida de Cristo al final de los tiempos. En ambos sentidos, el tiempo de Adviento es un tiempo de anticipación devota y gozosa del regreso final del Señor, tal como se expresa en el libro del Apocalipsis, donde se afirma que el Espíritu y la Iglesia desposada dicen: «¡Ven, Señor!». Y el Señor, el esposo que no defrauda las expectativas de su esposa, responde: «¡Sí, vendré pronto!» (cf. Ap 22,17.20).

El Adviento es el tiempo de la Iglesia entre la primera venida de Cristo, que tuvo lugar en la humildad de nuestra naturaleza humana, y la venida final, que tendrá lugar al final de los siglos en el esplendor de la Gloria. Se trata de un puente cuyas orillas, una hacia el pasado y otra hacia el futuro, están estrechamente unidas. La primera es memorial de la venida histórica, la

segunda es preparación de la gloriosa. En este sentido, podemos decir que Cristo es «El que viene» precisamente porque ha venido, pero también es el Venidero porque es *semper Veniens*. Entre la venida histórica y la gloriosa al final de los tiempos, la Iglesia experimenta la presencia del Señor cada vez que celebra la liturgia y los sacramentos, en los que sintetiza y re-presenta integralmente los dos movimientos. Las dos perspectivas están estrechamente vinculadas entre sí. El nacimiento de Jesús prepara el encuentro definitivo con él: nos encontramos de algún modo ante el misterio de una única venida, en el sentido de que la primera inicia lo que se cumplirá en la segunda. El Adviento se caracteriza simultáneamente por ambas cosas: es a través de la tensión hacia la solemnidad de la Navidad como el tiempo de Adviento se llena de devota y gozosa espera de la venida definitiva del Señor. Por tanto, no son dos, sino una sola espera la que la Iglesia vive hoy y que hunde sus raíces en el acontecimiento histórico de la Encarnación.

El Adviento se caracteriza por la celebración de este movimiento, vivirlo significa emprender un itinerario, un camino que nos conduce hacia Aquél que viene: el término *adventus*, de hecho, indica la tensión dinámica hacia Aquél que viene del futuro, que se hace presente en el aquí y ahora, y que nos atrae con Él. La Escritura concluye con una invocación que es al mismo tiempo una solemne profesión de fe: *Maranathà*, «Ven, Señor Jesús» (Ap 22,20), expresión aramea sintética que comunica toda la dinámica de la vida cristiana que es, en definitiva, espera del Reino venidero, realidad tan central en el mensaje cristiano como para estar presente en la única oración que Jesús quiso enseñarnos: «Venga a nosotros tu Reino». Una realidad que también se proclama en el corazón de la Eucaristía, cumbre del culto cristiano: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu Resurrección; ven Señor».

Los textos de la liturgia del Adviento hablan de una espera que hunde sus raíces en la historia (los profetas, las promesas mesiánicas), pero que se proyecta en el futuro de la segunda venida de Cristo al final de los tiempos. En el centro de la tensión dinámica que toda la Iglesia experimenta en este

momento del año está la persona de Cristo, el «ya venido» y «que vendrá»: ha venido para dar cumplimiento a la promesa de Dios de salvar a la humanidad y que vendrá para hacerla plenamente manifiesta. De tal manera, ha venido para abrirnos el camino de la Salvación, la vía de acceso a Dios, y vendrá para hacernos definitivamente partícipes de ella. La espera de los creyentes hunde sus raíces en el pasado, pero se proyecta en un futuro que da sentido y valor al presente, al hoy del hombre, que espera la venida del Señor no de manera estéril, sino activa y laboriosa, porque está sostenida por la fe, alimentada por la esperanza y corroborada por la caridad. Así, en efecto, canta la Iglesia en el primer Prefacio de Adviento: «Al venir por vez primera en la humildad de nuestra carne, realizó el plan de redención trazado desde antiguo y nos abrió el camino de la salvación; para que cuando venga de nuevo en la majestad de su gloria, revelando así la plenitud de su obra, podamos recibir los bienes prometidos que ahora, en vigilante espera, confiamos alcanzar».

Vigilancia y expectación, características del Adviento, ¡recuerdan la virtud de la esperanza! El Adviento es el tiempo litúrgico de la gran educación en la esperanza: una esperanza fuerte y paciente; una esperanza que acepta la hora de la prueba, de la persecución y de la lentitud en el desarrollo del Reino; una esperanza que confía en el Señor que libera de la impaciencia subjetiva y de los frenesíes del futuro hecho por los hombres.

La corona de Adviento

Hacia mediados de noviembre, en los países de Europa central aumentan los signos de que se acerca el Adviento. Por todas partes se ven lámparas y figuras luminosas que decoran las calles y las tiendas con los símbolos del Adviento y la Navidad; entre ellos, no puede faltar la corona de Adviento. Parece que es una herencia de antiguos rituales paganos que se celebraban en *yule* (diciembre): en este mes, sobre todo en los países del norte de Europa

donde las noches son largas y frías, los habitantes solían reunir coronas y guirnaldas de abetos y encender hogueras como signo de esperanza en el regreso de la mejor estación. Durante el frío y la oscuridad de diciembre, época del solsticio de invierno, cuando el Sol deja de salir (o de ponerse) con respecto al ecuador celeste, tales rituales expresaban el deseo de que la victoria final no fuera del frío, la oscuridad y la muerte, sino del calor, la luz y la vida.

A partir del siglo XIX, esta costumbre, aunque no es estrictamente una tradición litúrgica, sino que posee una connotación particularmente doméstica, se extendió desde el norte de Alemania a los hogares e iglesias de muchos países europeos. De hecho, parece que la costumbre de encender velas de colores colocadas sobre una corona de ramas de hoja perenne comenzó en Hamburgo, en 1838, por iniciativa del joven pastor evangélico Johann Heinrich Wichern (1808-1881), que se dedicó a la educación y el cuidado de los niños de la calle, dándoles techo y comida. En 1883 estableció un hogar para ellos, el que tomó el nombre de *Rauhe Haus*, y los inició en una profesión. Todos los años, sobre todo en el periodo prenavideño, el pastor organizaba momentos de oración para los chicos que incluían, además de canciones y cuentos, el encendido de una vela; de ahí el nombre de *Kerzenandacht* (celebración de la vela). Un amigo del pastor preparaba un círculo de madera para disponer las velas, que inicialmente eran 24 (el número de los días de diciembre que preceden a la Navidad), formando una «corona de luz» (*Lichterkrantz*). Más tarde, la corona se decoró con ramas de abeto como signo de vida. La costumbre de la corona de Adviento se extendió pronto entre las familias de la ciudad; donde el número de velas se redujo de 24 a 4, al igual que los domingos de Adviento. Tras la Primera Guerra Mundial, se extendió también al ámbito católico y en 1925 hizo su primera aparición en una iglesia católica de Colonia y en 1930 en Múnich, mientras que hacia 1935 en Austria comenzó a bendecirse para uso doméstico. En Italia, esta tradición no dio sus primeros pasos hasta después del Concilio Vaticano II, de modo que su presencia en las iglesias

-colocada en un lugar visible del presbiterio, cerca del altar o del ambón- y en las familias -puesta sobre la mesa, convirtiéndose en el centro en torno al cual la familia se reúne para un momento de oración vespertino (diario o semanal)- se ha desarrollado de forma constante.

El *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia* destaca el valor simbólico y la connotación doméstica de la corona de Adviento y expresa lo siguiente sobre ella: «La disposición de cuatro velas sobre una corona de ramas perennes, en uso sobre todo en los países germánicos y en América del Norte, se ha convertido en un símbolo del Adviento en los hogares de los cristianos. La corona de Adviento, con el encendido progresivo de sus cuatro luces, domingo tras domingo, hasta la solemnidad de Navidad, es un recuerdo de las diversas etapas de la historia de la salvación antes de Cristo y un símbolo de la luz profética que ilumina gradualmente la noche de espera hasta la salida del Sol de justicia» (n. 98).

En el contexto del Adviento (período caracterizado por la espera y la vigilancia, durante el cual el simbolismo de la luz ocupa un lugar central), la corona de Adviento cumple una función religiosa: la de anunciar la proximidad de la Navidad, prepararla con la oración y manifestar que Cristo es la luz verdadera que ilumina las tinieblas del mal. Precisamente por su carga simbólica, puede convertirse en un instrumento eficaz para celebrar a Cristo, Luz del mundo, en la alegría de quienes le esperan. En efecto, la corona es signo de realeza y de victoria, anuncia que el Niño que se espera es el Rey que vence las tinieblas con su luz; tiene forma circular, pues el círculo es, desde la antigüedad, signo de eternidad y de unidad: indica el tiempo que vuelve cíclicamente, pero también simboliza la espera del regreso de Cristo; está formado por un gran anillo de ramas verdes, porque es un árbol de hoja perenne, símbolo de la esperanza y de la vida que no termina, la eterna; al tener forma de anillo, es también signo de la fidelidad de Dios a sus promesas; suspendido del techo, cuelga desde arriba, como en su colocación tradicional, como un antiguo candelabro, para indicar la luz que viene

Lo más destacado del Año litúrgico (SC 102.109-111)

de arriba; sobre él se fijan cuatro velas, colocadas a igual distancia unas de otras, que significan las cuatro semanas de Adviento y se encienden de una en una, cada domingo: su consumación destaca visiblemente el paso del tiempo y la proximidad de la Navidad, mientras que la luz, de domingo en domingo, aumenta gradualmente.

Una tradición muy extendida sugiere también los nombres de las velas, dedicadas a cuatro figuras típicas de la espera mesiánica: la primera vela se llama «del Profeta», porque recuerda las profecías sobre la venida del Mesías; la segunda vela se llama «de Belén», para recordar la ciudad donde nació el Mesías; la tercera vela se llama «de los pastores», los primeros en ver y adorar al Mesías; la cuarta vela se llama «de los ángeles», los primeros en anunciar al mundo el nacimiento de Jesús; en algunos lugares, también se utiliza una quinta vela central, que se enciende el día de Navidad, para conmemorar y celebrar el nacimiento de Jesús.

Lejos, pues, de quedar relegada a un mero objeto ornamental, la corona de Adviento es un símbolo que, a la vez que marca los días de preparación para la Navidad del Señor, puntúa el camino de conversión de todo cristiano, hecho de laboriosa vigilancia y de confiada espera de Cristo que «viene a nuestro encuentro en todo hombre y en todo tiempo» (*Prefacio de Adviento III*), iluminado por la esperanza.

TIEMPO DE NAVIDAD: LA MANIFESTACIÓN DEL SEÑOR

Una elipse con dos polos

El tiempo de Navidad es la estación del Año litúrgico que atrae la atención de grandes y pequeños, tanto por el ambiente de luces del que se reviste, como por las tradiciones populares en las que hunde sus raíces. Gira en torno a dos grandes fiestas: la Navidad y la Epifanía, que casi forman los dos polos de una elipse y juntas expresan claramente el misterio que en ella se celebra. Estas dos fiestas están estrechamente relacionadas entre sí y celebran distintos énfasis del mismo misterio de la Encarnación y manifestación del Señor.

Inicialmente, constituían una celebración que tenía un único objeto: la Encarnación del Verbo de Dios, aunque con énfasis diferentes. Sólo a partir de finales del siglo IV se distinguen dos fiestas con contenidos diferentes. Es un hecho aceptado que el 25 de diciembre no es históricamente el día del nacimiento de Cristo. Esta fecha no se eligió por su coincidencia con el acontecimiento histórico, sino para “cristianizar” las fiestas paganas del solsticio de invierno que celebraban el *Sol invictus*, la victoria anual del sol sobre las tinieblas. El solsticio se celebraba en Roma el 25 de diciembre, en Oriente el 6 de enero: esto explica la aparición en una fecha diferente de una

doble solemnidad, una de origen occidental, la Navidad, y otra de origen oriental, la Epifanía. El nombre diferente que toma, indica bien su fisonomía respectiva: la Navidad tiene una indudable referencia al aniversario del nacimiento y celebra en Roma el hecho histórico del nacimiento de Jesús en Belén; el término oriental Epifanía, más que un hecho histórico, indica un aspecto del misterio, es decir, Dios manifestándose en la naturaleza humana de Cristo. Este aspecto subyace en algunos acontecimientos descritos en la Escritura: los Magos reconocen en Jesús al Mesías esperado; el Bautismo en el Jordán revela que Jesús es el Hijo amado del Padre; en las bodas de Caná, Jesús realiza el primero de sus «signos» de misericordia.

Para alejar a los fieles de las formas paganas, la Iglesia dio a esas fiestas un significado diferente, las substituyó por la fiesta del nuevo «sol invencible», Cristo, «sol de justicia» (Mt 4,2) y «Luz del mundo» (Jn 8,12) inmensamente más resplandeciente que la que emana de las estrellas celestes. Este origen explica que la Navidad pertenezca al calendario solar y, por tanto, sea una fiesta fija, a diferencia de la Pascua, que es una fiesta móvil por estar vinculada al calendario judío, que es lunar. Además, esta celebración respondía también a una necesidad de la vida interna de la Iglesia primitiva: en el siglo IV, el arrianismo, al negar la divinidad de Cristo y reducir la Iglesia a su aspecto puramente humano y jurídico, había socavado el contenido de la fe cristiana. La Navidad, en cambio, al proclamar el aspecto divino de Cristo y de la Iglesia, con la consiguiente divinización del hombre, era una espléndida afirmación del dogma de Nicea (325). Pronto Oriente enriquecería su liturgia con la solemnidad de la Navidad romana, y Occidente con la de la Epifanía oriental.

Así, en el tiempo de Navidad, la comunidad cristiana conmemora y actualiza, mediante los ritos y oraciones de la liturgia, la plena y definitiva “manifestación” de Dios en su Hijo Jesucristo, luz del mundo. Es significativo cómo, tanto la liturgia de Navidad, como en la de Epifanía el Prefacio retoma el tema de la luz, entendida como iluminación que hace pasar de la

noche al día, de las tinieblas del pecado al esplendor de la Gracia divina, pero también como principio de vida nueva. El tema de la luz, de hecho, es el principal elemento simbólico para expresar el misterio de Salvación que la Iglesia celebra en este tiempo. En el misterio de la Navidad, el Hijo de Dios, asumiendo la naturaleza humana, es como una luz que revela el rostro mismo de Dios y abre un camino de Salvación: “En el misterio del Verbo encarnado ha aparecido a nuestros ojos la luz nueva de tu resplandor, para que, conociendo a Dios visiblemente por medio de él, nos extasiemos ante el amor de las realidades invisibles” (*I Prefacio de Navidad*). La solemnidad de la Epifanía retoma y desarrolla el misterio de la Navidad, en el que Cristo se presenta como “luz”, Aquél que ilumina, revela, trae la luz y la Salvación: “Hoy, en Cristo, Luz del mundo, has revelado a los pueblos el misterio de la salvación, y en Él, que apareció en nuestra carne mortal, nos has renovado con la gloria de la inmortalidad divina” (*Prefacio de la Epifanía*).

Aunque la Navidad se originó independientemente de la Pascua, no debe considerarse como una celebración autónoma, desvinculada, paralela y alternativa a la Pascua. El misterio de la Encarnación que la Navidad celebra tiene como término de referencia y meta de su orientación el misterio de la Redención que culmina en el misterio de la Pasión, muerte y Resurrección del Señor. Cada vez que recitamos el Credo, decimos con verdad que Jesús «por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y, por obra del Espíritu Santo, se encarnó en de María la Virgen». Desde las primeras generaciones cristianas, los acontecimientos que rodearon la vida terrena de Jesús fueron vistos a la luz de la Pascua. En efecto, la visión pascual nos permite captar la vida de Jesús en su dimensión más profunda y verdadera: es decir, a la luz del designio salvífico de Dios que «tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo» (Jn 3,16).

Esta manera de concebir el misterio se basa en la tradición bíblica, patrística y litúrgica de la Iglesia: el evangelista Lucas, que escribió su Evangelio con la intención de completar las narraciones sobre Jesús con los acontecimientos de

la infancia, ve en el Niño Jesús y en los acontecimientos que acompañan su nacimiento el anuncio del acontecimiento pascual. La tradición iconográfica, de hecho, basada en el relato evangélico de los primeros momentos de la vida de Jesús, consideraba la Navidad en un contexto decididamente pascual: el niño envuelto en pañales remite al cuerpo de Jesús envuelto en un sudario, el pesebre está representado por el sepulcro, la noche luminosa del nacimiento del Salvador remite a la noche gloriosa de la Resurrección del Redentor.

Si la salvación tiene su nudo central en la Pascua de Cristo, la Navidad no es más que el punto de partida de este acto salvífico. Con la Encarnación, la vida divina ha penetrado en la humanidad a través de la persona de Cristo Jesús, de modo que la Salvación se hace posible para todo hombre mediante la Pasión, muerte y Resurrección del Señor. En el centro, pues, de la celebración de Navidad-Epifanía está el acontecimiento de la Encarnación del Hijo de Dios en la historia humana, que vino para ser luz en las tinieblas y traer la Salvación al mundo. Tanto los textos bíblicos como los litúrgicos, a la vez que nos salvan del riesgo de reducir la fiesta de Navidad a un mero recuerdo nostálgico de un acontecimiento conmovedor y emocionante encerrado en el pasado, se abren a la perspectiva de la novedad que ha supuesto la entrada de Dios en la historia humana. A San León Magno, el gran Papa de la última década del siglo IV, le gustaba decir que la Navidad de la Cabeza es también la Navidad del Cuerpo, para significar que la Navidad es la fiesta del hombre hecho Hijo de Dios.

El pesebre

Entre las diversas manifestaciones religiosas que la piedad popular reserva al tiempo de Navidad, la colocación de un nacimiento es la que más compromete a las familias, a las comunidades parroquiales o a las asociaciones culturales de muchos pueblos y ciudades. La tradición del nacimiento en las familias, incluso en las más pobres o menos sensibles al misterio cristiano

y en las parroquias, incluso en las más pequeñas y alejadas, de forma reducida a lo esencial, con una simple choza, la estrella y la Sagrada Familia, o enriquecida con una gran variedad de personajes, es la presentación más auténtica de la Navidad.

En el primer milenio del cristianismo, la Navidad del Señor, celebrada solemnemente en la liturgia y en el recuerdo de los relatos tomados de los evangelios apócrifos, contagió con su contenido a la escultura, al mosaico y al arte pictórico, hasta llegar, durante la Edad Media, al arte teatral y, dentro de él, a la escenografía sagrada, es decir, a las representaciones sagradas. El paso gradual de la Palabra de los relatos antiguos a la celebración litúrgica del misterio de la Encarnación, a la imagen pintada y esculpida, constituye la clave hermenéutica para captar su verdadero sentido.

En el año 404, San Jerónimo, escribiendo a Eustoquio, afirma que Paulus, en una peregrinación a Belén, entró en el *specum Salvatoris*, es decir, el lugar donde nació el Salvador: una cueva, un establo. En el imaginario popular cristiano, favorecido por el aumento de las peregrinaciones a Tierra Santa, siempre se intentó reproducir este pequeño rincón de Belén, reproducciones que a menudo llevaban el nombre típico de *praesepe*, término latino que significa pesebre/lugar para alimentar animales.

En Roma, la basílica de Santa María la Mayor, en la colina del Esquilino, que desde el siglo VI tomó el nombre de *Sancta Maria ad praesepe*, consistía inicialmente en un oratorio que reproducía el simbolismo estructural de la gruta de Belén. Los numerosos peregrinos que regresaban a Roma desde Tierra Santa traían como regalo preciosos fragmentos de la madera de la Santa Cuna (*cunabulum*), que aún se conserva en el relicario dorado de la Confesión. Incluso en la Basílica Vaticana y en la Basílica de Santa María en Trastevere se construyeron capillas que conservan el nombre *ad praesepe* en sus antiguos títulos.

Hasta el siglo XII, la iconografía de la Natividad no celebra la pobreza del Nacimiento del Niño Jesús, en una cueva en medio del frío y la escarcha,

sino que exalta la realeza de Cristo. En el periodo comprendido entre los siglos XII y XIII, el arte triunfal dio paso a representaciones populares que, reapropiándose de los relatos apócrifos, identificaban al pobre niño Jesús en el pesebre con los pobres de Belén, esto dio lugar incluso en las basílicas a representaciones sacras del Nacimiento del Salvador. En este contexto de reapropiación las escenas de la Natividad, sometidas a un proceso de «humanización», se vieron afectadas por una devoción más «carnal» del pueblo hacia el misterio del Nacimiento del Niño Jesús; ese contexto rodea al llamado “Pesebre de San Francisco en Greccio”, cuya devoción por la humanidad de Cristo es conocida tanto por sus escritos como por las primeras biografías.

El deseo de recrear el Nacimiento de Jesús maduró en 1223, tras el viaje de San Francisco a Palestina. Él pidió a Giovanni Velita, castellano de Greccio, su propiedad en el bosque para celebrar la Navidad de la forma más auténtica posible y, así, ver la pobreza y las penurias en las que había nacido el Niño Jesús. En la noche de Navidad de aquel año, San Francisco recreó el Nacimiento de Jesús organizando una representación viviente del mismo. Preparó una gruta, un pesebre, heno e hizo traer allí un buey y un asno, para reproducir el *specum Salvatoris*. Durante la Misa celebrada en el pesebre, aparecía allí un niño, al que San Francisco sostenía en brazos. De este modo, el Santo quería hacer más accesible y comprensible para los fieles el misterio de la Encarnación. A partir de ese momento, Belén y Greccio se unieron: en Belén tuvo lugar el misterio de la divina Encarnación de Cristo, en Greccio comenzó la conmemoración mística de la Navidad del Señor.

El Directorio sobre la piedad popular y la liturgia afirma que

además de las representaciones del pesebre de Belén, que existen en las iglesias desde la antigüedad, a partir del siglo XIII se difundió la costumbre, influida sin duda por el pesebre instalado en Greccio por san Francisco de Asís en 1223, de construir pequeños pesebres en las viviendas domésticas. Su preparación (en la que participarán

Tiempo de Navidad: la manifestación del Señor

sobre todo los niños) se convierte en una ocasión para que los distintos miembros de la familia entren en contacto con el misterio de la Navidad y se reúnan a veces para un momento de oración o de lectura de las páginas bíblicas relativas al nacimiento de Jesús (n. 104).

La representación del Nacimiento del Salvador, que en todas las familias se plasma plásticamente en el nacimiento, es un estímulo para vivir la Navidad con un corazón renovado, extrayendo de la cabaña de Belén la «maravilla» de un Dios que se hizo hombre y la «participación» de la salvación que se nos da en el niño Jesús.



LO ETERNO CELEBRADO EN EL TIEMPO

El tiempo es el medio a través del cual el creyente entra en contacto con el Eterno. Toda la existencia terrena, con sus años, meses, días y horas, constituye el instrumento, el medio a través del cual Dios busca al hombre, se hace oír, le habla y se entrega a él para establecer una relación de amistad y alianza eterna.

Es en la dimensión del tiempo donde se realiza la historia del complejo diálogo entre Dios y el hombre, que es la historia de la salvación. Una historia que no brota de la mente de un poeta o de un sabio iluminado, sino de una llamada que resuena en los oídos de Abraham en un tiempo y un lugar precisos. Una historia que se manifiesta en los acontecimientos de un pueblo concreto, el pueblo de Israel; una historia que se hace visible en un hombre concreto, Jesús de Nazaret; una historia que sigue manifestando la presencia y la acción de Dios a través de la realidad visible de la Iglesia y de los sacramentos.

En el centro de este diálogo misterioso y fascinante entre Dios y el hombre, entre lo eterno y el tiempo, está el encuentro entre la divinidad y la humanidad en la Encarnación del Verbo, en el nacimiento del Hijo de Dios en nuestra carne mortal. «Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo...» (Gal 4,4): ¡es el cumplimiento de la historia de la salvación de Dios, por medio de Jesucristo, su Hijo! La venida de Cristo al mundo,

Lo más destacado del Año litúrgico (SC 102.109-111)

a la historia, da sentido y plenitud a la vida del hombre y confiere al tiempo un nuevo matiz: ya no es un tirano contra el que hay que defenderse, sino una oportunidad constante de realización, progreso y crecimiento.

Precisamente en el espacio de un año, es decir, en el espacio de una revolución completa de la tierra alrededor del sol, hoy la liturgia, como lugar privilegiado del encuentro con Dios, nos hace partícipes de todo el misterio de Cristo, haciéndonos recorrer sacramentalmente, y no como simple recuerdo, todas las etapas de su existencia terrena, haciéndonos así partícipes ya de algún modo de su vida divina. El Año litúrgico se presenta como un verdadero «sacramento», es decir, como un instrumento en y a través del cual Dios se hace presente, como en la humanidad de Cristo, y nos comunica su vida divina por medio del Espíritu Santo. El Año litúrgico no celebra el misterio de Cristo de forma genérica, sino que lo celebra en sus distintos momentos y episodios, que se denominan «misterios»; a través de ellos Cristo obró nuestra Salvación, que culminan con su muerte y Resurrección. El Misterio Pascual, centro y fundamento del Año litúrgico, resume toda la historia de la Salvación: la que precede a la Encarnación y la que sigue a la Ascensión hasta la venida final de Cristo. Cada uno de los misterios de la vida de Jesús no es independiente de los demás, sino que están unidos por el Misterio Pascual que los reúne: así, por ejemplo, el nacimiento del Señor recibe de él su significado salvífico; la Encarnación del Hijo de Dios remite a la Pasión y a la Redención. Todos los misterios y acontecimientos de la vida de Jesús, evocados a lo largo del Año litúrgico, reciben de la Pascua su pleno significado.

En la luz pascual, la Iglesia celebra el culto a los Santos, que son la imagen más verdadera y perfecta del acontecimiento de la muerte y Resurrección de Cristo, en cuanto participan de la plenitud de la redención, por lo que la Iglesia celebra y renueva la realización en ellos del Misterio Pascual del Señor (cf. SC 111). La comunidad cristiana, peregrina en la tierra y en camino hacia la Jerusalén celestial, es sostenida por la intercesión de los Santos,

cuya vida resplandece a través del tiempo como continuación o memoria continua de la vida de Cristo.

En ese gran prelude de la Vigilia Pascual que es el lampadario, al final de la bendición pronunciada sobre el fuego, al esculpir una cruz sobre el cirio pascual el celebrante dice: «Cristo ayer y hoy, principio y fin»» Luego, encima de la cruz, dibuja, pronunciándola, la letra alfa, y del mismo modo dibuja, debajo de la cruz, la letra omega. En el interior de la cruz, graba a continuación las cuatro cifras del año en curso, proclamando: «A él pertenecen el tiempo y las edades. A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos». En la columna de cera, símbolo de la luz que es el cuerpo glorioso del Resucitado, la Iglesia no sólo graba los signos de la Pasión de Cristo, sino que desde hace siglos graba el alfa y la omega, los signos del tiempo desde su principio hasta su fin, afirmando que Cristo es el Señor del tiempo.

La presencia de Cristo y de cada uno de los acontecimientos salvíficos de su vida histórica en las fiestas y en los tiempos del Año litúrgico hacen de los tiempos litúrgicos períodos de gracia y de salvación. En este sentido, por tanto, la comunidad de los creyentes está llamada cada año a vivir el tiempo que pasa a la luz del misterio de Cristo, pleno de Salvación; cada año, en el retorno de un nuevo ciclo litúrgico, la comunidad está llamada a escribir su historia de Salvación, para que prosiga sin cesar en su camino de conversión y de seguimiento de Cristo. Por eso, si el alma «recorre verdaderamente el año místico como un misterio, en unión con su madre, que es precisamente la Iglesia, todo lo que contiene el año se hará realidad operante en ella» (O. CASEL, *El misterio del culto cristiano*, p. 119).

CAPÍTULO V EL AÑO LITÚRGICO

Sentido del año litúrgico

102. La santa madre Iglesia considera deber suyo celebrar con un sagrado recuerdo en días determinados a través del año la obra salvífica de su divino Esposo. Cada semana, en el día que llamó «del Señor», conmemora su Resurrección, que una vez al año celebra también, junto con su santa Pasión, en la máxima solemnidad de la Pascua.

Además, en el círculo del año desarrolla todo el misterio de cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor.

Conmemorando así los misterios de la Redención, abre las riquezas del poder santificador y de los méritos de su Señor, de tal manera que, en cierto modo, se hacen presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación.

Cuaresma

109. Puesto que el tiempo cuaresmal prepara a los fieles, entregados más intensamente a oír la Palabra de Dios y a la oración, para que celebren el Misterio pascual, sobre todo me-

Lo más destacado del Año litúrgico (SC 102.109-111)

diante el recuerdo o la preparación del bautismo y mediante la penitencia, dese particular relieve en la Liturgia y en la catequesis litúrgica al doble carácter de dicho tiempo. Por consiguiente:

a) Úsese con mayor abundancia los elementos bautismales propios de la Liturgia cuaresmal y, según las circunstancias, restáurese ciertos elementos de la tradición anterior.

b) Dígase lo mismo de los elementos penitenciales. Y en cuanto a la catequesis, incúlquese a los fieles, junto con las consecuencias sociales del pecado, la naturaleza propia de la penitencia, que lo detesta en cuanto es ofensa de Dios; no se olvide tampoco la participación de la Iglesia en la acción penitencial y encarézcase la oración por los pecadores.

Penitencia individual y social

110. La penitencia del tiempo cuaresmal no debe ser sólo interna e individual, sino también externa y social. Foméntese la práctica penitencia de acuerdo con las posibilidades de nuestro tiempo y de los diversos países y condiciones de los fieles y recomiéndese por parte de las autoridades de que se habla en el artículo

Sin embargo, téngase como sagrado el ayuno pascual; ha de celebrarse en todas partes el Viernes de la Pasión y Muerte del Señor y aun extenderse, según las circunstancias, al Sábado Santo, para que de este modo se llegue al gozo del Domingo de Resurrección con ánimo elevado y entusiasta.

Fiestas de los santos

111. De acuerdo con la tradición, la Iglesia rinde culto a los santos y venera sus imágenes y sus reliquias auténticas. Las fiestas de los santos proclaman las maravillas de Cristo en sus servidores y proponen ejemplos oportunos a la imitación de los fieles.

Para que las fiestas de los santos no prevalezcan sobre los misterios de la salvación, déjese la celebración de muchas de ellas a las Iglesias particulares, naciones o familias religiosas, extendiendo a toda la Iglesia sólo aquellas que recuerdan a santos de importancia realmente universal.



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
*SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO*